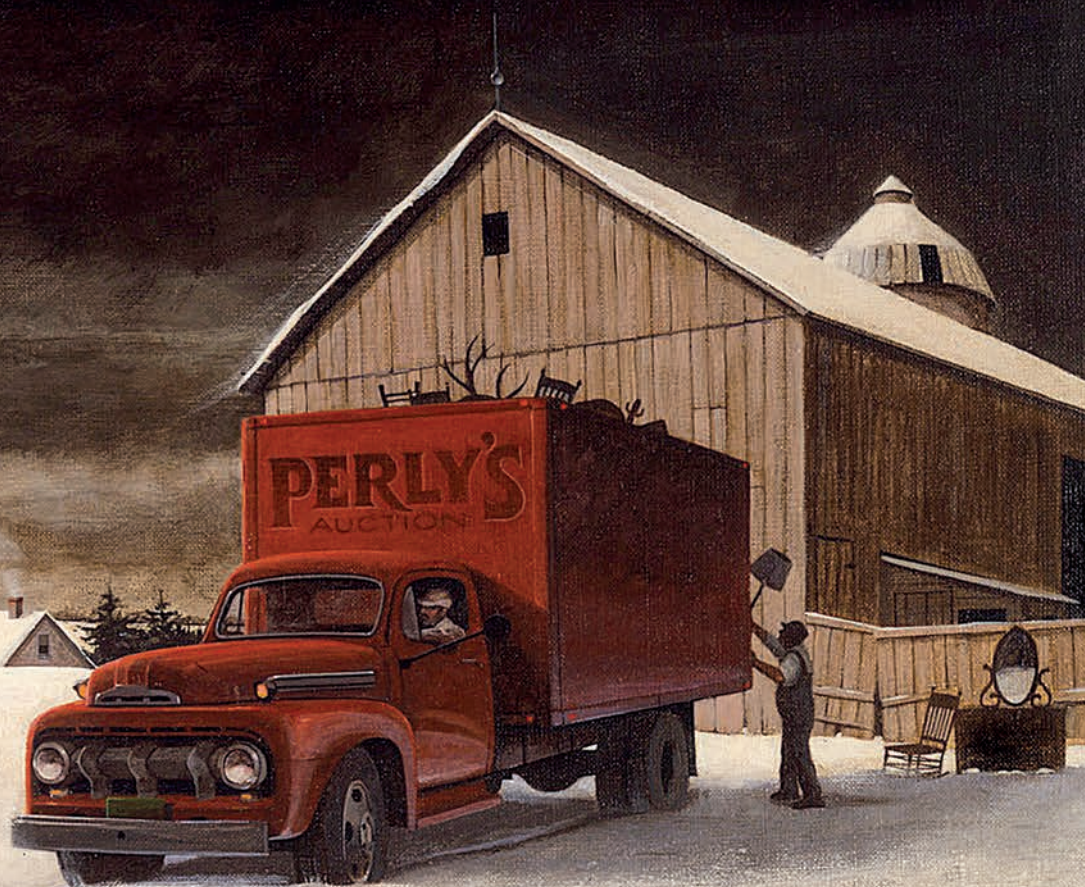


Joan Samson



«Si Cormac McCarthy hubiera escrito *La tienda* de Stephen King, el resultado sería *El subastador*.»

Grady Hendrix

EL SUBASTADOR

minotauro

Joan Samson

**EL
SUBASTADOR**

minotauro

1

El fuego se elevaba en un cono perfecto, como suspendido de la voluta de humo que ascendía en línea recta hacia el despejado cielo primaveral. Mim y John sacaban a rastras arbolillos secos de entre la maleza amontonada junto al muro de piedra y los arrojaban a las llamas, y daban un rápido paso atrás cada vez que las hojas secas empezaban a chisporrotear.

Hildie, a sus cuatro años, oyó la camioneta antes incluso que el viejo perro pastor. Corrió hasta el borde del camino rural y aguardó con impaciencia. Era la camioneta de Gore, que avanzaba con rapidez, trazando profundos surcos en el barro y salpicando a ambos lados. John y Mim se pusieron detrás de Hildie. Ambos trataban de imaginar qué problema podía haber llevado al jefe de policía hasta la última granja del camino.

Bob Gore saltó afuera y metió los pulgares en los bolsillos de los pantalones vaqueros. Se apoyaba ora en un pie, ora en el otro, como si su gruesa panza hubiera estado buscando un punto de equilibrio. Gore tenía dos aficiones: los enredos y el chismorreó. Podría pasarse una tarde entera de charla con lo uno o con lo otro sin esfuerzo alguno. John volvió la mirada hacia la hoguera.

—Hoy es un buen día para hacer fuego —exclamó Gore.

—Si has venido por eso, piensa que aún hay mucha nieve en

el bosque —respondió John, aunque supiera muy bien que no era verdad—. Es que he pensado que podría terminar la quema antes de empezar con los permisos.

—Pero ¡por favor! —le replicó Gore—, ¿a ti te suena que alguna vez le haya buscado problemas a alguien?

Sonrió a los Moore.

Todos estaban frente a él con cara seria. El padre, con el cuerpo redondeado como una piedra después de treinta años de rutina, contemplaba al policía con mirada firme, algo escéptica, mientras que la madre, a quien los años de matrimonio y de trabajo al aire libre habían puesto aún más tiesa que antes, le miraba con ojos azules, despejados y curiosos como los de la niña que se recostaba contra sus piernas.

Gore ahuecó las manos en torno a una cerilla.

—El caso es —empezó a decir, mientras daba una calada a un cigarrillo— que vamos a hacer una subasta. Una subasta a beneficio de la policía.

John hundió las manos hasta el fondo de los bolsillos delanteros del mono y se encogió de hombros.

—Pero si eres el único policía que hay aquí, Bobby —le dijo—. Ya tienes un coche patrulla muy chulo y no te gusta el uniforme. ¿Qué quieres pagar con esa subasta?

—Auxiliares —respondió Gore.

—¿Auxiliares?! —repitió John.

Gore se encogió de hombros.

—Nuestra gente ya no está satisfecha como antes. Desde que se metieron en aquella casa escalando hasta la cornisa, y luego el incendio en el bosque de Rouse y el asalto donde los Linden... —Gore volvió los ojos hacia el quebrado reflejo de la fogata en el estanque—. Por supuesto que la gota que desbordó el vaso fue el asesinato en la casa de los Fawkes la primavera pasada.

Hildie, impaciente, se puso a bailar de un lado para otro, dándole tirones en el brazo a Mim, hasta que la mujer empezó a mecerse al ritmo que le marcaba la niña.

—Es el único asesinato que ha habido en Harlowe durante

cien años —respondió John—. Y no me cabe ninguna duda de que el asesino no era de aquí. Seguro que los autores de todos esos otros delitos tampoco.

—Pero, de todos modos, los tiempos están cambiando —dijo Gore—. ¿Cómo es posible que hubiera un asesinato en pleno centro del pueblo? Y además en una casa con tanta solera. La gente me perseguía para que impidiese que Amelia alquilara habitaciones. Y entonces la mujer va y se hace estrangular y...

—No podías impedirselo —le dijo Mim en tono tranquilizador—. Si la vieja Adeline Fayette ha ofrecido alojamiento a turistas durante estos últimos veinte años.

—Pienso que si el joven Nick Fawkes no logró frenar a Amelia no tenía mucho sentido ir a otros con tirones de orejas. —añadió John.

—Quizá necesitaba el dinero —aventuró Mim, mientras se pasaba la mano por sus cortos rizos, pensativa—. Después de que la dejaran de ese modo con los dos críos...

—¿Quién sabe? —se preguntó Gore. Pasó el peso a la otra pierna—. Todo el mundo va diciendo que si la policía no hace nada, que si hay un montón de delitos que quedan sin resolver. Ven demasiada televisión. Se creen que voy a ir de un lado para otro en busca de pistas. Aquí hasta el más inútil se cree que es el rey de los detectives. Pues os voy a decir una cosa.

—Que, aunque todos los habitantes del pueblo se pusieran a trabajar como auxiliares de policía, seguiría habiendo problemas —dijo John para terminar la frase. Echó una mirada a su propia granja, pulcra y blanca—. Y además la vida en Harlowe es bastante tranquila.

—No tanto como antes —replicó Gore—. Esto está degenerando. Y no sólo aquí. ¿Sabéis el tío ese, Perly Dunsmore, que al final se compró la casa de los Fawkes? Pues bien, trabaja en subastas. Ha estado en ciudades de medio mundo. Y dice que todo va a peor. Todas las ciudades crecen y se llenan de gente de fuera. Powlton, por ejemplo. La gente de fuera se ha duplicado en cinco años.

—¿Pero cuántos son en total? —preguntó John—. ¿Han pasado de cuatrocientos a ochocientos? Eso es sólo porque hicieron el parque de remolques.

—Venga, Johnny —respondió Gore—. No nos vendría nada mal contar con un agente extra, o dos. —Sonrió—. Además, así si pasa algo no me echarían las culpas sólo a mí. Y si el dinero sale de una subasta, no saldríais perjudicados. No habría que tocar el presupuesto municipal.

John se quedó mirando a Gore.

—No me parece nada propio de ti que te pongas a imaginar cambios, Bobby —dijo—. Ese tío que acaba de llegar.

—Esto de organizar una subasta en beneficio de la policía es buena idea. Eso es lo principal —respondió Gore, y calló unos instantes mientras arrojaba el cigarrillo al fuego— Y recuerdo que el año pasado donaste un arado viejo a los bomberos.

John se rio entre dientes.

—Que debía de valer unos tres centavos y medio —dijo—. Seguro que alguno de esos tíos de ciudad que se ponen a hacer de granjeros lo compró por doce pavos. Algún tío que quería ir al oeste en carromato de lona.

—Sí, esas son las cosas que funcionan —añadió Gore, al tiempo que escupía un grumo de tabaco a un lado.

—¿Y si le damos las ruedas viejas? —preguntó Mim.

John asintió.

—Debemos de conservar cinco o seis.

—Alguien las utilizará para montar lámparas en el techo —explicó Mim a Gore con cara alegre—. O las pintará de azul y las plantará al inicio del camino de entrada de su casa, para que luego el quitanieves se las cargue.

Gore volvió a apoyar todo su peso sobre los talones y su rostro carnoso recobró su habitual laxitud.

—Estupendo —dijo.

Las ruedas estaban en la leñera. John y Gore tomaron dos cada uno y las llevaron hasta la camioneta. Mim pasó corriendo por su lado riéndose, en pos de la última rueda, que hacía rodar

por el césped como si hubiera sido un aro. Gore abrió la puerta trasera de la camioneta y metió dentro las ruedas una tras otra.

—Gracias —dijo, y dio una palmadita afectuosa a la rueda que estaba encima del montón—. Apuesto a que vamos a sacar diez dólares por todo esto cuando ese nuevo subastador ponga manos a la obra.

Mim y Hildie miraron dentro de la camioneta. Vieron una caja llena de platos desconchados, una mesa de trabajo de madera de pino muy agrietada y un sillón de gran tamaño al que se le salía el relleno de uno de los reposabrazos.

—¿Por qué se lleva nuestras ruedas? —preguntó Hildie mientras el vehículo se alejaba.

—Porque un subastador las va a vender —respondió John.

—¿Y por qué?

John frunció el ceño y se encogió de hombros.

—A cambio de dinero, cariño —le respondió Mim—. Pero eso es algo que no tiene nada que ver con personas como nosotros. Nada de nada.

Era temporada de barro. El bosque continuaba cubierto por una buena capa de nieve, si bien esta se derretía alrededor de los árboles hasta dejar al descubierto círculos oscuros, porque los troncos se calentaban durante los días cada vez más largos. Pero el prado de los Moore, sobre una ladera empinada que miraba al sudeste, estaba ya despejado, salvo por unos pocos restos relucientes aquí y allá, en los lugares donde antes se había acumulado, y en el trecho de hierbas altas del fondo, donde la nieve persistía junto al arroyo. El suelo empapado, apelmazado por las raíces del heno del año anterior, cedía bajo las pisadas cual esponja. El sol se llevaba la humedad de bosques, campos, arroyos y estanques, y la dejaba en el aire. Pero el cielo se mantenía profundo, seco, azul. Era la época del año en que las manoplas, y las gorras, y la calefacción de las casas empiezan a saber a rancio. Surgen mil tareas al aire libre y las gentes del campo se sienten llenas de fuerzas renovadas.

El jueves por la tarde, cuando Gore regresó, John y Mim se hallaban hacia la mitad del prado, donde este era menos empinado, y discutían qué parcela elegirían para plantar calabazas Hubbard, que querían cultivar aquel año para vender la cosecha, y también dónde harían crecer el maíz, y las habas, y las patatas. Hildie estaba agachada en el margen del huerto de patatas del año anterior, hundía las manos en el gélido barro y luego miraba mientras las marcas que había dejado se llenaban de agua. Tan sólo la Yaya, con el cuerpo demasiado entumecido por la artritis como para salir al aire libre, soportaba quedarse en la sala de estar, donde no llegaba la humedad, viendo la televisión junto a la estufa de leña. A duras penas se interesaba ya por el tiempo que hiciera, como no fuese para comentar lo que veía por la ventana de delante. Además, tampoco quería perderse sus programas, ni que se le escaparan los escasos retazos de chismes que aún le llegaban.

En cuanto Gore salió de la camioneta, los Moore le saludaron mano en alto y empezaron a bajar por la colina. Hildie y Lassie se adelantaron corriendo.

—¿Qué debe de querer ahora? —murmuró John.

—Será que tiene que contarte cómo le ha ido su fantástica subasta —le respondió Mim, riéndose—. Más le habría valido ser el pregonero del pueblo, y no el policía.

La Yaya también había oído la camioneta y golpeteaba la ventana, y les hacía furiosas señas. El gastado plástico que habían pegado sobre el cristal a modo de aislamiento hacía que su figura se viera grisácea.

Dentro de la casa se sentía débilmente el acre olor del humo de leña. Con el paso de los años, las estufas habían ido depositando una costra de apagado color negro en los techos y habían llenado de hollín los resquicios que quedaban abiertos entre las tablas fregadas del suelo. Era una casa en la que habían vivido generaciones de una misma familia y los tesoros de diferentes épocas abarrotaban todas sus superficies. Hasta encima del

televisor había una lámpara de queroseno de pie acanalado y cuerpo alto y tallado, que competía por el espacio con unas flores de cera bajo una campana de vidrio polvoriento, tres figuritas de Hummel y una reproducción en plástico de la Estatua de la Libertad. Se oía el tenue ritmo de unos relojes, que rivalizaban entre sí con sus tictacs: el reloj de cuco, el reloj de ocho días con colombinas pintadas sobre el cristal y el de caja larga que se hallaba en el vestíbulo. Las diversas campanadas y el pío-pío del cuco ya no estaban sincronizados y se oían por toda la casa sonidos deslavazados que los Moore apenas percibían, como un contrapunto al canto de los pájaros que se filtraba desde el exterior.

La Yaya estaba sentada en la sala de estar, con la espalda muy erguida, en el exacto centro de un sofá cubierto con una funda brillante. Parecía que se hubiera encogido después de vestirse. El cuello de su albornoz de franela sobresalía cual capucha de monje en torno a su flaco cuello y las pantuflas de felpa recubiertas de pelusa parecían exceder en cuatro tallas a los pies que con tanto cuidado las sostenían, uno al lado del otro, sobre el suelo decolorado a fuerza de lejía. Más parecía una niña que una abuela.

Gore se había detenido en el centro de la sala, enorme y sonriente, y parecía empequeñecer todo cuanto le rodeaba. La Yaya le tendió ambas manos, en un gesto que expresaba autoridad, hasta que por fin el hombre sacó las suyas de los bolsillos y agarró las de la anciana.

—¿Cómo se encuentra usted, señora Moore? —preguntó.

—No muy bien —suspiró la Yaya—. Ya no tengo el vigor de antes.

Su voz fatigada contrastaba con sus pequeños ojos color avellana, penetrantes como los de un gato montés, que observaban a Gore bajo la maraña de cabello gris.

Hildie saltó sobre el sofá y se acurrucó contra el cuerpo de la Yaya. La anciana, sin apartar los ojos de Gore, alargó una mano nudosa hacia la niña y le dio unas palmadas para

apaciguarla, hasta que por fin esta se calmó y cruzó las manos sobre el regazo.

Mim se acomodó en el borde de una silla de respaldo recto, cercana a la puerta, y John se sentó en la banqueta del piano.

—Y tú, Bobby —dijo la Yaya—. ¿Hay alguna novedad? ¿Algo que puedas contarnos sin necesidad de escucharte durante dos días seguidos?

—La novedad es Perly Dunsmore, señora Moore —respondió Gore, mientras acomodaba su gran humanidad sobre el balancín—. Es la mayor novedad que se haya visto en Harlowe desde hace años.

Sonrió, como si el subastador hubiera sido una nueva y flamante posesión, un hallazgo especial, una ganga digna de suscitar la envidia de todo vecino que supiera reconocer cuándo un objeto tenía valor.

—¿Quién? —respondió la Yaya, al tiempo que enarcaba las cejas—. ¿Quieres decir ese zumbado que se ha ido a vivir él solo a la casa de los Fawkes?

Gore encendió un cigarrillo, localizó una maceta junto a su codo izquierdo donde podría arrojar las cenizas y pareció que se hinchaba levemente. Respiró hondo.

—Ahora no nos canses con tus cuentos, Bobby —añadió la Yaya, pero la fatiga había desaparecido de su voz.

—¿Mucha concurrencia? —preguntó John.

—Una maravilla —respondió Gore, al tiempo que respiraba aún más hondo—. La subasta fue una completa maravilla. —El policía se rió entre dientes—. No te podrías imaginar hasta qué punto Perly Dunsmore es capaz de sacar el máximo provecho de todo. ¡Qué subastador! En mi vida había visto nada igual. Se sube al kiosco de música y es que ya no lo conozco. Es como uno de esos peces que se hinchan hasta cuadruplicar su tamaño original. Más listo que el hambre. ¡Y qué labia tiene! A su lado parezco un tío callado.

—Es que hablan distinto —dijo John—. Esos tíos de la ciudad hablan distinto. Tienen todos el pico de oro.

—¡De todos modos, Perly es de Nuevo Hampshire! —replicó Gore—. De Elvira, cerca de la frontera con Canadá. No vamos a enseñarle nada nuevo sobre la vida en el campo.

—Yo pensaba que sería un consultor importante de esos —dijo John—. Eso es lo que cuenta Arthur Stinson. Y debe de saberlo, después de todo el tiempo que ha pasado pintando y quitando mugre en esa casa.

—Hay que decir que Perly no es un tío cualquiera —explicó Gore—. De hecho, es uno de esos tíos que hacen todo lo que se proponen. Pero creció en una granja de Nuevo Hampshire, igual que nosotros. Sólo que se marchó cuando tan sólo era un pollito. Se abrió camino en todos los lugares que uno se pueda imaginar. México, Alaska, Las Vegas, Venezuela. En todas partes. Y también por todos los Estados Unidos. Creo que de vez en cuando se hace cargo de subastas, pero por lo general trabaja como una especie de consultor que da consejos sobre administración de terrenos. Ha ido de un lado para otro sin cesar. Supongo que irá siempre en busca de oportunidades.

La Yaya resopló.

—Y parece que no las encontró, señora —añadió Gore—. Porque aquí lo tenemos, dispuesto a volver a instalarse en el mismo lugar del que salió. De hecho, así es como conoció la casa de los Fawkes. Se alojó una vez allí hará un año, cuando Amelia alquilaba habitaciones. Y fue lo bastante inteligente como para ver que Harlowe es un lugar tan bueno como el que más.

—Dicen que la casa de los Fawkes le salió por un precio de risa —observó John.

—Pero, de todos modos, si queréis saber mi opinión, pienso que todo esto es un poco extraño —terció Mim—. Se ha mudado a esa casa tan grande sin más compañía que la perra esa que tiene. Sobre todo, después de este tiempo en el que ni siquiera ha cortado nadie el césped.

—Será que los asesinatos en plena noche no pintan nada para él —añadió la Yaya.

Gore se encogió de hombros.

—Ese hombre sabe muy bien que los asesinatos en plena noche no pintan nada dentro de la vida que llevamos en Harlowe.

—Pero ¿por qué Harlowe? —se preguntó John—. ¿Por qué no ha ido a Powlton, por ejemplo, o a Peterborough, que son lugares con mucha más clase?

—Ah, Perly ha venido con ideas propias —respondió Gore—. Tendríais que escucharle.

—Deberías traerlo aquí algún día —dijo la Yaya.

—Le gustaría a usted —respondió Gore—. Tiene un carácter de esos que gustan a las mujeres. Y sabría reconocer el valor de una granja bien cuidada como esta.

—Eso es porque no tiene que encargarse de cuidarla —exclamó John—. ¿Estás pensando en él como auxiliar?

—Ya se lo pregunté, pero no le interesa —respondió Gore.

—Lo único que le interesa es darte instrucciones a ti. No le apetece ponerse a trabajar de verdad —observó John.

Gore frunció el ceño.

—Red Mudgett ha regresado al pueblo —explicó—. Buscaba trabajo, ¿y recuerdas lo listo que había sido siempre?

—¡Bobby! —gritó la Yaya—, ¿no se te habrá ocurrido ir a contratar a Red Mudgett? ¡Por favor!, tienes el mismo seso de mosquito que toda tu familia.

—Perly pensó que lo haría bien —respondió, al tiempo que buscaba un cigarrillo en el fondo del bolsillo.

Hildie se había deslizado hasta el suelo y se había quedado frente a Gore, sentada, con el brazo en torno a Lassie. Miró con fascinación mientras el hombre encendía un segundo cigarrillo con la colilla del primero.

—¡Ah!, es la manzana podrida más podrida que se haya visto en este pueblo desde que tengo edad para enterarme de lo que se cuenta —replicó la Yaya—. Y si hay alguien que lo sepa soy yo. Lo tuve tres años enteros cuando daba catequesis los domingos.

—Yo creo que Mudgett ha regresado al buen camino —afirmó Gore.

—¿Te lo crees tú, o es ese tal Dunsmore quien se lo cree?
—replicó John.

—Bueno, ahora está casado —contestó Gore. Sacó un pañuelo y se enjugó la frente—. ¡Y con qué mujer! —Dirigió una mirada evaluadora a Mim. Esta sonrió. Una pizca de rubor se asomó entre las pecas de color claro que tenía en el puente de la nariz—. No sé, Johnny —prosiguió Gore—. Si tú y él habéis tenido suerte, quizá también haya esperanza para mí.

—Es curioso —observó John—. Yo había catalogado a Red como uno de esos que nunca se casan. Y por la manera como hablaba, no se me habría ocurrido que quisiera regresar a Harlowe.

—Ya que estamos en ello—dijo entonces la Yaya—, ¿no os parece un poco raro que este nuevo subastador venga aquí en vez de regresar a su propio pueblo, donde todo el mundo lo conoce?

Gore dejó la pregunta en el aire durante unos instantes.

—Ahora mismo el norte de Nuevo Hampshire es una zona que pasa por una depresión bastante grave —respondió.

—Y me dirás que aquí no tenemos depresión—respondió John, señalando el establo.

—Se avecinan cambios —explicó Gore—. Pensad en toda la gente que pasa el verano aquí. Y ahora empiezan a venir también en invierno. —Gore se recostó en la silla—. Ya os he dicho que Perly entiende de tierras. Y en Harlowe se están preparando grandes novedades que tienen que ver con la tierra. No falta mucho, ya os lo digo yo. ¿Sabéis los pueblos de los alrededores de Massachusetts? Están tan mal como la propia ciudad. Vandalismo a todas horas, tránsito, suciedad... Perly cree que puede ayudar a Harlowe a crecer antes de que esos males nos toquen de lleno.

—¿Y qué pasa si a Harlowe no le interesa crecer? —preguntó John.

—Pues entonces ya puedes ir a dinamitar la carretera interestatal —respondió Gore, al tiempo que miraba a la Yaya con cara de pedir disculpas—. Ahora que Boston y, me atrevería a decir, todas las ciudades se extienden como lagartas peludas

en junio... —Inclinó el cuerpo hacia delante sin levantarse—. Además —añadió—, ¿a ti te gustaría vivir en la ciudad?

—A mí no —respondió John.

—Por supuesto que no. —Gore se arrellanó de nuevo—. Perly cree que el único motivo por el que las gentes de ciudad van a todas a partes a destrozarlo todo es porque necesitan lo que nosotros tenemos. Vienen aquí en busca de los sólidos valores de la gente del campo. Un grupo de personas de verdad, del que puedan sentirse parte. Algún tipo de comunidad. Pero nosotros guardamos las distancias, no permitimos que participen en lo nuestro.

—Ese tío acaba de llegar —respondió John— ¿y ya quiere fundar un comité de bienvenida para los que vengan después? ¿O te va a mandar a la entrada de la ciudad para que repartas margaritas? Quizá desde tu nuevo coche patrulla.

—¡Joder, John! —exclamó Gore—. Tú siempre tan burlón. Con toda la gente nueva que llega, ¿en qué nos perjudicará tener a alguien que sabe lo que hace?

—A mí me gustaría saber qué es lo que busca para sí mismo —replicó John.

—Te equivocas de cabo a rabo con Perly —respondió Gore—. Lo que ocurre es que es un hombre que quiere hacer el bien. No para de insistirme en que deje la cerveza y los cigarrillos. Tendría que ir con sombrero negro y cuello alzado, como uno de esos predicadores de otras épocas. Lo que él quiere es que volvamos a las subastas, a los bailes tradicionales en la plaza del pueblo, a los encuentros de mujeres para tejer colchas, a las cenas compartidas entre familias... ¿Recuerdas los concursos de deletreo que celebrábamos antes de que cerraran la vieja escuela?

—Tú y yo siempre estábamos entre los primeros que eliminaban —respondió John—. ¿No me dirás ahora que quieres volver a esos tiempos?

—Y luego está todo eso de la agricultura, el agua del pozo, la leña, el aire puro. En su opinión, todo eso forma parte de los valores cristianos.

Mim se mordía el nudillo del pulgar, intranquila.

Gore encendió otro cigarrillo y le dio una calada tan fuerte que el pecho se le ensanchó hasta quince centímetros. Echó una mirada a Hildie y luego se volvió para contemplar, incómodo, las margaritas de plástico que colgaban entre las ventanas de la fachada frontal.

—De hecho, no para de preguntarme si serían muchos los que le mandarían a sus hijos si montara una catequesis para los domingos.

—Yo, por la parte que me toca, impartí catequesis los domingos durante treinta y cinco años —dijo la Yaya.

—Sí, ya lo sé —replicó Gore, asintiendo con la cabeza.

—Hildie iría a catequesis, por supuesto —afirmó la Yaya—. Se lo pasaría muy bien. Y además, es algo que necesita con urgencia.

Hildie sintió la mirada complaciente de su abuela, se mordió el labio y correteó hacia su madre.

Se oyó un fuerte chasquido en la estufa y el hueco sonido de una breve llamarada. Un sonido que no resultó nada reconfortante, porque la temperatura de la sala ya era demasiado elevada para todos ellos, salvo para la Yaya.

—¿A eso has venido? —preguntó John, y se echó a reír—. ¿Andas en busca de niños para montar una catequesis?

—No, no es exactamente eso —respondió Gore—. El caso es que hemos decidido repetir el próximo sábado.

—¿Otra subasta? —preguntó John. Su risa se cortó de pronto. Gore se encogió de hombros.

—Pensaba que habríais tenido suficiente con la primera —aclaró John.

—Si una estuvo bien, dos serán todavía mejor —respondió Gore, mientras acomodaba su inmenso peso sobre la silla—. Hemos pensado que también podríamos celebrar otras más adelante.

—¿También a beneficio de la policía? —preguntó John.

Gore volvió a meter la mano en el bolsillo de atrás en busca del pañuelo.

—Si pensáis esperar a que el crimen escape a todo control para contratar nuevos agentes...

La Yaya asintió con entusiasmo.

—Ah, eso es lo que Janice Pulver me contaba de que la Cooperativa de Granjeros ha tenido que subir los precios porque tiene que pagar mucho, por culpa de esos hippies que acampan por todas partes. Por no hablar de Amelia y de cómo la estrangularon.

—Sí, es que las cosas se están poniendo complicadas —añadió Gore, volviéndose hacia la Yaya con expresión de gratitud—. Eso es todo lo que puedo decir.

—Pues podríamos darles el aparador viejo —dijo la Yaya—. De todos modos, ¿qué vamos a hacer con él?

En los días en los que ninguno de ellos iba al pueblo, John recorría a pie los cuatrocientos metros que los separaban del buzón, como había hecho siempre desde que apenas era mayor que Hildie. Por lo general lo encontraba vacío. Pero el viernes después de la segunda visita de Gore, levantó a Hildie a la altura del buzón para que mirara adentro y la niña sacó una carta. La pequeña se le adelantó mientras regresaban a la casa, corriendo bajo el sol, tan ágil que John ya no era capaz de seguirla si no se echaba a correr él mismo, y los años empezaban a pesarle. Sus botas crujían rítmicamente sobre el fango arenoso y su ancho rostro se llenaba de felicidad al ver que la niña se le adelantaba cada vez más, sosteniendo la carta en alto como si fuera una bandera.

Hildie arrojó la carta en el regazo de la Yaya con gesto triunfal, y esperó a que John se sentara en el balancín para subirse a sus rodillas. Mim, en delantal, se quedó a la espera con el cuerpo apoyado contra el piano. La Yaya leyó en voz alta:

Estimados John, Miriam, Sra. Moore y Hildie:

Las ruedas que donasteis a la subasta de la policía se han vendido por un precio sorprendentemente bueno. Querría enviaros

una parte del dinero a modo de agradecimiento por vuestra generosidad.

Bob piensa que la subasta ha sido un gran éxito. Ciertamente, espero que contribuya a la futura seguridad de Harlowe.

Como sin duda ya debéis de saber, he comprado la antigua casa de los Fawkes, en la calle Mayor, y cuento con que nos veamos muy a menudo como vecinos que somos.

*Cordialmente,
Perly Dunsmore*

Dentro del sobre había un cheque por valor de tres dólares.

—Esto es más de lo que sacan los bomberos —dijo John, mientras miraba el cheque por detrás y luego de nuevo por delante.

—Ese ya tiene a Bob Gore bien atado con una correa —añadió Mim.

—No tenéis por qué burlaros —espetó la Yaya—. Por pesado que llegue a hacerse, Bobby ha heredado todo el buen sentido que debería haberse repartido entre los diecinueve retoños de los Gore. Y si se hubiera marchado de Harlowe como todos los demás, seguro que ahora el viejo Toby estaría viviendo de la caridad pública.

—¿Y las vacas, Yaya? —respondió John, al tiempo que guiñaba un ojo a Mim—. Las vacas también habrían tenido que vivir de la caridad pública. Mejor pegarle un tiro a Toby, antes que quitarle las vacas.

—Lo que es extraño es que no se les caiga encima el establo —añadió Mim.

—En Harlowe todo el mundo sabe que aguantará mientras Toby siga con vida —espetó la Yaya.

—Bob no es el peor policía que podíamos tener —reconoció John—. Si le llamas, viene al instante.

—Será por miedo de que ocurra algo y él no pueda meter las narices —replicó la Yaya.

—Ese comentario ha sido un poco mezquino, ¿no? —replicó

John—. Durante estos siete años ha soñado con resolver un crimen de verdad. Y ahora tiene entre manos algo gordo, un estrangulamiento, por no hablar del allanamiento de morada y el asalto. Y el pobre Bobby no ha encontrado ni siquiera un sospechoso.

—Fanny dice que estaba tan fastidiado que ni siquiera quería hablar del tema —observó Mim—. Ni siquiera cuando ya llevaba unos cuantos tragos. Y no es que se lo reproche. Qué humillante, ocurrió aquí mismo, en la casa más grande de todo el pueblo.

La Yaya se volvió hacia John.

—¿Recuerdas hace tiempo, cuando el viejo Nicholas Fawkes organizaba subastas en el establo de la casa? —preguntó—. Creó una especie de tradición, ¿no? Quizás es que Perly Dunsmore no es tan tonto después de todo. Tendrías que ir a la tienda más a menudo, a ver qué descubres.

John meneó la cabeza y sonrió.

—Estás desarrollando una gran curiosidad por ese hombre, Yaya —dijo.

—La verdad es que nunca se me había ocurrido, ¿tú qué piensas, John? —preguntó Mim—. ¿De verdad vienen aquí para volverse como nosotros?

—¿Quiénes? —preguntó John.

—Toda esa gente de ciudad que viene a vivir al campo —añadió la mujer.

John y Mim subían al prado para reemplazar las piedras caídas del muro de atrás, el mismo que impedía que las vacas escaparan al bosque. Siempre era una buena caminata hasta la cima, pero aquella mañana una niebla se interponía en su camino y aquello parecía un viaje de verdad. La niña caminaba entre ambos, callada, agarrándose con fuerza a las manos de los dos. Un invisible atrapamoscas llamaba una y otra vez, como si contara los silenciosos pasos con que iban subiendo por la empinada isla de color parduzco que se perdía poco a poco en la blancura, y de vez en cuando los cuervos gritaban en la lejanía.

Hacia la mitad del camino se volvieron, como tenían por costumbre, para contemplar el estanque, pero la niebla lo ocultaba por completo.

—Mira la casa —susurró Hildie.

—Está bonita —respondió Mim.

Lo que veían era un manto blanco incrustado en una de las laderas de la colina, con una cerca de altas estacas cortadas a mano en la parte de atrás. La niebla difuminaba las paredes desconchadas, la chapa herrumbrosa sobre la leñera, los ladrillos que faltaban en la chimenea, el plástico que cubría las ventanas, y hasta la maraña de enredaderas de campanillas del año pasado que aún colgaban de la cerca.

—Se ve todo impecable —dijo John.

—Como si las gentes que vienen durante el verano se hubieran encargado de ello —respondió Mim, riéndose, y reanudó el ascenso.

Por fin emergió de la bruma el pequeño cementerio, protegido por un muro a la sombra del cerezo.

—Cuidado —advirtió Mim mientras se acercaban, y agarró a Hildie antes de que pisara los restos parduzcos de hiedra venenosa que quedaban del año anterior—. Tendríamos que fumigarla —añadió— para que no vuelva a crecer este verano.

—Antes de que fallezca la Yaya —murmuró John—. Imagina cómo nos veríamos entonces.

—Tampoco es que tu abuelo, ni todos los que estuvieron aquí antes que él, se merezcan tener que reposar bajo todas esas hojas que irritan la piel.

Pero la niña volvía a mirar ladera abajo.

—¡Se ha ido! —chilló—. ¡La casa se ha ido!

—Igual que tú te has ido de ella. —John se rió. La levantó del suelo para cargarla sobre sus hombros—. Mira los sauces, cariñito. ¿Ves ese borrrón amarillo de ahí? Van a reverdecen y tendremos primavera antes de lo que nos imaginamos.

Se dirigieron al muro alto que cerraba los prados por detrás y lo examinaron con gran cuidado en busca de posibles boquetes.

Pero la mayoría de los trozos de granito seguían en el mismo lugar de siempre, envueltos por una fibrosa red hecha con vides de uva Concord.

—Pensándolo bien, no me importa en absoluto —dijo Mim.

—¿El qué? —preguntó John.

—Que seamos como somos —respondió la mujer.